

bas, si después de milagros tan notorios estamos engañados, tú eres el que nos has engañado: *Domine, si error, a te decepti sumus.*

Si juzgáis pues que los cristianos tienen suficientes fundamentos para profesar su religión y que no son inmensos porqué aloran á Jesucristo, ¿qué nombre podréis dar á los incrédulos que le desprecian y le ultrajan! Yo quiero suponer que esta divina religión no tenga toda la evidencia y claridad que se desea; pero á lo menos no me podréis negar que presenta títulos respetables, razones que convencen, autoridades y ejemplos que persuaden; en fin, que tiene en sí favor fundamentos plausibles que deben detener á las personas de buen juicio y provocarlas á mayor examen.

Yo no necesito de tanto para haceros sentir la temeridad y el peligro de no reconocerla, pues aunque después de haberos demostrado con tanta evidencia su verdad, vos no queráis concederme otra cosa que el mas mínimo grado de probabilidad, esto me basta para haceros ver que es monstruosidad, insensatez y frenesí no abrazar una religión que en caso de ser cierta los amenaza con eternas desgracias y los priva de felicidades eternas.

El raciocinio es muy simple. Si el cristianismo es cierto, el incrédulo será eternamente infeliz; si no lo es, el cristiano no aventura nada. El primero arriesga una irrevocable eternidad de miserias; y el segundo no puede perder mas que pocos y frivolas placeres en la corta extensión de una vida fugaz y pasajera. En este contrato, ¿quién pudiera dudar de la alternativa? ¿quién de los dos es el más temeroso y el estúpido? ¿qué juicio sano no tomara el partido más seguro?

Ya veis, señor, que esto es daros mucho de barato y que después de las pruebas que os he dado, tengo derecho para repetir que Dios ha hecho cuanto era necesario para convenceros de la divinidad de nuestra religión; que Jesucristo la aprobó por todos medios, que mientras vivió en la tierra multiplicó los milagros para manifestarnos la verdad de su misión, que después de su muerte resucitó, y dejó el poder de hacer milagros no solo á sus discípulos inmediatos, sino á sus sucesores que continuaron gobernando las Iglesias que los primeros erigieron. En fin, tened presente lo que hemos referido de la vida y conducta de este divino Salvador y decidme después si era posible que hiciera más para mostraros su amor y probaros su divinidad.

Con todo esto y á pesar de tantas luzes, hay hombres mas obstinados que los judíos; digo mas obstinados, porque fuera de las pruebas que estos tuvieron, tienen otras que nos dieron los tiempos posteriores, tales como la verificación de las profecías que hizo el mismo Jesucristo, los milagros y nuevos milagros que se hicieron después y el establecimiento de tantas Iglesias con tan dulces medios. Pero nada basta á persuadirlos: el amor de Jesucristo no los mueve, su sacrificio no les interesa, una gloria infinita no los inflama, una eternidad de desgracias no los asusta, y á pesar de tantas y tan poderosas pruebas que lograron convertir á tantos millares de gentiles y pudieron convencer á los Pueblos, Justos, Agustinos, Ambrosios y tantos sabios de ingenio superior, ellos solos lo desprecian, lo injurian y desprecian.

Pero este Dios lleno de amor y de misericordia, aunque siempre con el rayo en la mano, no solo los sufre, sino que los aguarda y los convida, cada día los llama, los excita y les proporciona ocasiones en que puedan instruirse; trabaja

con secretos impulsos para que despierten del letargo, y ellos sordos á sus voces y esclavos de sus miserias y pasiones, no lo escuchan, le desdennan y son tan ingratos como sus Dioses esotéricos y magnánimo.

Pero que se acuerden de que tambien es justo y que se debe á sí mismo, á su justicia y á la inexorable inflexibilidad de su divina ley, castigar todo delito que no ha sido lavado con la penitencia, y que llegará el día en que su santidad, á pesar de su infinito amor, se verá como forzada á fulminar el castigo con digno á los que no creyeron sus palabras y no obedecieron sus preceptos.

Que tengan presente que este mismo divino Salvador, que mostró tan incomparable amor á sus discípulos y les prometió una unidad tan íntima en su gloria, les dijo tambien que no reconociera delante de su Padre á los que no le reconocieran á él delante de los hombres. ¡Dios santo! ¿qué amenaza! ¿Cómo los merceditos no temblarán!

En este momento el padre lleno de ardor, con el rostro encendido y con los ojos que arrojaban llamas, se levanta y rápidamente se postra por tierra, alza las dos manos al cielo, y derramando un diluvio de lágrimas exclaima con voz enternecida: «Oh, Jesús! tu veniste á la tierra para salvar los hombres, ablandar el corazón de los incrédulos, destruye esas pasiones que los ciegan, ilumina la oscuridad de su razón. Bendito seas, porque tienes tantas almas que te reconocen y te adoran; que ellos te sirvan y te imploren por los otros. ¡Dulce Jesús! si los infelices supieran las increíbles dalturas que vistes en los corazones que te adoran! Si, Jesús mio, mi único amor y mi sola esperanza, ¡si yo pudiera con mis adoraciones y sacrificios satisfacer por tantos ingratos! No soy más que un infame pecador, pero todo mi corazón es tuyo y te adoro con todas mis potencias, yo te reconozco por mi Dios, por el Hijo unigénito del Eterno Padre, y quisiera.....»

Yo me sentía ya muy conmovido con el discurso del padre; pero cuando le vi levantarse arrebatado y ponerse de rodillas, acabé de trasportarme. La sangre me corría con impetu por las venas, mi corazón se batía con violentos latidos, los cabellos se me erizaban, estaba como fuera de mí. La ternura de su voz, la viveza de sus afectos y la súbita inundación de sus ojos arrojaban las lágrimas que yo reprobaba y saltan como torrenes de mis ojos; y cuando le oí decir con expresión tan afectuosa: Si, Jesús, yo te reconozco por mi Dios, con un movimiento involuntario de que no fui dueño, me arrojé tambien por tierra y con voz alterada digo: Y yo tambien.

El padre viendo mi acento y oyendo mi voz, se suspende, y volviendo los ojos á mí con un semblante que mostraba su alegría y su sorpresa me dice: ¿Qué, señor! Es verdad.... Yo que estaba casi enajenado no pude responderle; pero él después levantando otra vez las manos al cielo y con voz ya no dolorida, sino fervorosa, vuelve á decir: Yo te reconozco, omnipotente Dios. ¡Oh Jesús amable! ¡Dios de misericordia! esta es obra de tus manos. Entonces se pone en pié, viene á mí, que me mantenía postrado, me ayuda á levantar y volvemos á sentarnos.

Empuso á decirme muchas cosas con el fin de persuadirme que la Providencia me había conducido á aquella casa para hacerme conocer la verdad de la religión; que abriese mi corazón á su luz que quería entrar en él. Me volvió á hablar de la clemencia y la misericordia de Jesús,

me tiro otros discursos cuyo objeto era alentarme; pero yo estaba muy fuera de mí para responderle, y menos puedo ahora repetirlos. Apenas pudo articular algunas palabras de atención. Esta escena duró hasta que sonó la campana. Entonces se despidió de mí, prometiéndome que vendría al otro día mas temprano. Me exhortó á que aquella noche levantara mi corazón á Jesucristo y que le pidiera su luz y su protección.

Desde que quedé solo volví los ojos sobre mí para examinar mis propios pensamientos. En el primer momento no pude discernir nada y no hallé mas que ideas atropelladas y confusas. Por un lado veía claramente que yo había vivido en error, que mi ignorancia era la causa de que yo no tuviera de la religión la convicción y respeto que debía y que era imposible no desengañarse á vista de razones y pruebas tan demostrativas; pero por otro lado me atoraba la dificultad del empeño que iba á tomar, pues me obligaba á una vida que no era capaz de sostener.

Á pesar de esta pena sentía como una especie de satisfacción y desahogo en haber pronunciado aquellas palabras. Me parecía que era ventajosa haber al fin roto una barrera que no era posible romper sin mucho esfuerzo, que finalmente, ya me había desahogado de un peso que me abrumaba, y que quizá por una falsa y ridícula vergüenza mi orgullo no hubiera sacudido fácilmente la opresión que me angustiaba. Pero luego veias tú y mis demás amigos á presentar á mi corazón un obstáculo terrible, porque me figuraba que todos os burlarías de mí, que me tendríais por un hombre débil que me dejaba seducir por un iluso, y esta idea me acobardaba y detenia.

Pero después me asaltaba la imaginación el infeliz extranjero á quien di la muerte con mis manos, y el desdichado Manuel que murió tan súbitamente en medio de sus vicios. Esta memoria hacía temblar hasta las fibras menudas de mi cuerpo, porque ya no me podía descender de esta vida futura que no había creído ó en que por lo menos no había pensado; de esta cuenta que es menester dar de todas sus acciones, y de estas penas reservadas á los delitos. Si no discernía todo esto todavía con mucha individualidad, á lo menos ya mi alma había recibido cierta impresión que la espantaba, es cierto que en aquel momento no hubiera querido por todos los imperios del mundo morir como murieron ellos.

Lo que sobre todo me dejó imágenes muy vivas, es la pintura que me hizo el padre de Jesucristo. ¡Qué retrato, Teodoro! ¡qué diferente de la idea que yo tenía! ¡qué diferente de la que podéis tener vosotros y de la que los filósofos manifiestan! Pero á pesar de mi ignorancia traslucía que el padre era sin duda mas parecido, porque no estaba pintado ni con los pinceles de la elocuencia ni con los colores de la pasión. Yo observé que no le dió otro colorido que el de la verdad, y el que únicamente resulta de los hechos mas conocidos de su vida y de sus propias palabras. Pero qué corazón tan amante y tierno! ¡qué descontento por nuestra bien! ¡qué ardor tan infatigable por nuestro bien! ¡qué desamor! ¡qué sacrificio! ¡qué virtud! ¿Puede posible que desconocamos tanto á un bienhechor tan amante y tan digno de nuestra gratitud!

¿Es posible que esos filósofos que se precian de ilustrados y justos, esos filósofos que en odio del cristianismo y por deprimir sus virtudes exaltan con infusos tan exagerados los de los pocos gentiles que descubrieron buenas cualidades morales, como las de Ho, Trajano, Marco Aurelio, hayan procurado oscurecer con la injusticia mas grosera las incomparables y sublimes virtudes de Jesucristo! Porque, Teodoro, no es posible olvidarlo. Aunque no consideremos á Jesús mas que humanamente, es cierto que la tierra no ha mostrado otro igual; que es el mejor, el mas benéfico y el mas amable de cuantos han honrado la humanidad, y que si no lo fuera el Verbo de Dios á quien debemos nuestras adoraciones, como hombre solo merecería el respeto, la veneración y el amor del universo.

Esta idea no se apartaba de mi espíritu, y me parece que por la primera vez de mi larga vida mi corazón se levantaba para ir á buscarle en las alturas del cielo. Yo repetía con sorpresa estas exclamaciones: Jesús, si eres Dios, apádate de mí, alumbra mi corazón. Entre estas inquietudes pasó la noche, sin saber lo que haría, sin decirme á nada. Jamás me vi con tanta turbación. Ahora conozco que la gracia luchaba con mi personalidad, que mi razón conocía la necesidad de realizarse, pero que los vicios que me dominaban oponían una fuerte resistencia. Mañana lo continuará la historia de lo que me pasó el otro día. Adios, amigo.

CARTA XVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

podía ver sin sentir un movimiento de respeto y un deseo sincero de ser como él; pero aquel día me pareció un Ángel tal vez, un amigo benéfico que un Dios piadoso me enviaba para hacermelo feliz. Un momento de su presencia decidió mis mi corazón que todos los raciocinios en que pasó aquella noche.

Amancado, Teodoro, este día que será uno de los mas señalados de mi vida, y antes de la hora ordinaria vi entrar al padre con ojos en que resplandecían todos los rayos de una alegría extraordinaria. Ya tenían para mí mucha frecuencia no solo las palabras de este varón de Dios, sino su presencia, su aspecto religioso y su aire recogido, ya no le

se desamine y que no corra á una desgracia eterna aquella misera que puede asociarse á su propia felicidad.

Así el cielo no tiene ni puede tener otro interés con la tierra, sino por las cosas que se ordenan á la vida futura. Sin duda que el justo es objeto de las complacencias de Dios y que cuanto mas fiel se muestra á las inspiraciones de la gracia, tantos mas auxilios recibe para aumentar sus derechos á la gloria. Este magnífico soberano cuyos tesoros no pueden agotarse, dá mas al que mas tiene; pero tambien el pecador es objeto de su misericordia. Desde el momento que se desvia del camino que la ley enseña, parece que ocupa con preferencia la atención de su Dios y los espíritus celestes, y que todos le observan con inquietud sus extravíos, esperando el instante de su arrepentimiento. No, no se pierde una alma sin que haya costado á Dios muchos auxilios para corregirla, y á los bienaventurados muchos esfuerzos y deseos para obtener su enmienda.

El Dios omnipotente no la crió sino para hacerla feliz, la redimió con su sangre, la dotó en la sagrada regeneración, la hizo suya, de su familia, y derramó sobre ella con abundancia los inefables dones de su espíritu. ¿Qué puede desear sino que los conserve y aproveche? Pero si por desgracia este Pastor divino, que ha hecho tanto para preservar á su querida oveja del lobo que la amenaza, ve que á pesar de tan grandes socorros la oveja infiel ó inconstante, abusando de su libertad se acerca al peligro, no hace menos para detenerla y recobrarla. Desde el instante que sale del camino, empieza á silbarla para que conozca su error y se vuelva al rebaño. No hay medio de que no se sirva para hacerse entender; inspiraciones, remoninamientos, ejemplos, sermones, advertencias, buenos libros, enfermedades, infortunios, tristeszas y disgustos son los gritos con que la llama, y el amante pastor no sosiega en su tierra solitaria.

La oveja sorda ó insonante no los oye ó los desprecia; pero el pastor no se cansa y con incansable afán los repite y diviértelos; se diría que no tiene otra inquietud ni otro cuidado. Este pastor poderoso pudiera desde el momento de su infidelidad hacerla víctima de su justicia; pero su deseo es salvarla, y á pesar de su ingratitude y resistencia, redobla sus esfuerzos, se pone á la puerta de su corazón, llama, no se lo oye, llama con mas fuerza, y alguna vez tan recio, que se le oír; pero no se abre la puerta, cuando mas se lo dice que espere, y él espera.

Los bienaventurados ántes de este espectáculo, que es el único que puede interesarlos en la tierra, observan esta lucha de la gracia con la perversidad. Admiran la elementalidad del pastor, siguen con los ojos á la oveja descarriada, desean con ardor que se detenga y escuche el silbo que la llama, interceden por ella, y piden al pastor que espere todavía, que aumente la fuerza de su grito; y el pastor les responde: ¿qué debo hacer mas por mi veje que no haya hecho?

Sin duda que el pastor omnipotente, que tiene los corazones en su mano y á quien nada resiste en el cielo y en la tierra, pudiera usando de su poder, detener á la oveja y hacerla entrar por fuerza en el camino; pero esta conducta fuera contraria á su sabiduría y al plan con que preside al gobierno del mundo. El pastor quiere que la oveja tenga tambien parte en su dicha; esto es, que la obtenga, por

que la desea y la pide. El la crió sin ella, y no quiere salvarla sin ella; la impone la ley de que coopere á su propia dicha. No solo la dá todos los auxilios de su gracia, sino que cuando por su flojedad ó su ignorancia se desvia, no la abandona; la silba, le previene y cuanto mas se le aleja mas la llama, le envia reflexiones que la alumbren, remoninamientos que la detengan, contratiempos que la paren, y por fin hace tanto, que aquellas que osaban de perderse, no pueden negar mas que su propia obstinacion!

Pero si por dicha se empieza á dividir en el cielo que la oveja infiel ya escucha el silbo, que ya no solo se ha detenido, sino que vuelve á encaminarse á la buena senda que habia dejado, toda la escena se muda y todo se transforma en consuelo y alegría. Dios ya empieza á mirarla con semblante risueño y se apresura á enviarla nuevos mensajeros que la acompañen y sostengan en las dificultades del camino. La esperanza se pone como por conductora acompañada de la fe, y la lleva por la mano hasta dejarla en el aprisco.

Al instante los espíritus celestes llenos de inefable alegría entonan al divino Pastor un cántico de gracias, que se repite por todos los coros de los ángeles y resuena en toda la extension de los cielos, se dan entre sí el eco de caridad, reconocen á la oveja que lloraba como casi perdida por hermana y compañera, que gozara con ellos de sus dichosas, y les ayudará á cantar eternamente las alabanzas del comun pastor; y esta es la fiesta de que habla Jesucristo cuando nos decía que hay en el cielo mas alegría por la conversion de un pecador, que por la conservación de noventa y nueve justos (1).

No penséis, señores, que esta descripción que os hago sea imaginaria y que no tenga una exacta y entera realidad, pues toda está contenida no solo en estas palabras de Jesucristo, sino en otras muchas que están diseminadas en el Evangelio. No hay asunto que el espíritu de Dios haya inoculado tanto ni que haya repetido de tantas y tan variadas maneras, empleando en él diversas especies de figuras que por distintos modos nos presentan las mas vivas imágenes, tanto de la solícitud activa de este Dios de clemencia, como del gozo y alegría de todos los cortesanos del cielo.

Cuando el divino Salvador corría por las ciudades y lugares predicando á los pueblos el reino de Dios, le seguía para escucharle una innumerable muchedumbre, y se observaba que con ella iba tambien un gran número de publicanos y pecadores públicos, de acreditados por su mala conducta; el Salvador no los ignoraba. ¿Quién podía conocer mejor los desórdenes y vicios de cada uno? Pero lejos de rechazarlos con baldones amargos, lejos de aljarlos de sí con la austeridad de su ceño, de tratarlos con desden ó desprecio, los recibía siempre con dulzura, los veía con bondad, iba á sus casas, aceptaba sus convites, algunas veces se comulgaba él mismo, se dignaba de comer con ellos.

Los orgullosos escribas y fariseos llevaban á mal tanta condescendencia, que les parecía indigna de un justo, se escandalizaban, murmuraban públicamente y querían sacar de esta conducta una induccion contra la virtud de Jesucristo; pero este piadoso Redentor no alteró jamás la dulzura de su caridad, y en varias ocasiones se dignó de

(1) Luc. XV, 7.

hacer su apología, y al hacerla solía increpar á sus enemigos la dulzura de su corazón, su orgullo y demás vicios, y únicamente se ocupaba en compadecer el infeliz estado de aquellos por quienes mostraba tanto interés y un vivo deseo de remediarlos. ¿Ya los compare á la oveja extraviada que el pastor solícito recobra, ya á la margarita perdida que se volvió á encontrar, ya se explica otras varias figuras; pero todas nos descubren su amante corazón, y todas ellas son las que mas pueden consolar á los pecadores penitentes.

Pero oigamos sus propias palabras, escuchemos lo que responde á los que censuraban su amor. ¿Quién de vosotros, los dice, que tenga cien ovejas, si ve que una se le ha perdido, no deja en el campo las noventa y nueve para ir en busca de la que le falta? ¿Y quién podrá asegurar hasta encontrarla? ¿Quién cuando la ha encontrado, no la echará con alegría sobre sus espaldas y desde que llega con ella á su casa no llamará á sus amigos y vecinos para decirles: Alegraos conmigo, porque ya hallé la oveja que se me perdió!

Decidme, señores, si se puede expresar con mas viveza el ardor, la solícitud, la fatiga, el deseo y el gozo del Pastor, y si se puede tampoco explicar mas la alegría y la complacencia inefable de los ciudadanos de la celestial Jerusalén, pues añade para concluir la parábola: "Yo os declaro que del mismo modo habrá mas alegría en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella."

Sin duda que un pecador penitente no es mas digno de amor y estimación que si hubiera permanecido siempre en la justicia; pero parece que como se extravió, aliógo mas al Pastor y á todos los demás del rebaño fiel y feliz; parece, digo, que su retorno les causa una alegría mas sensible. Y acaso este sentimiento es mas vivo, porque por lo común la verdadera penitencia inspira un gran fervor, que reparará con ventajas los desórdenes pasados.

Si esta figura no os bastara, ved otra de la misma especie. ¿Qué mujer, vuelve á decir el Salvador, si pierde una de las diez dracmas que tenía no enciende al instante su antorcha, no barre su casa y no la busca con el mayor cuidado hasta que la halla? Y después que la halla, junta á sus amigos y vecinos y les dice: Alegraos conmigo, porque ya encontré la dracma que se me habia perdido. Observad la misma inquietud, la misma solícitud, el mismo gozo, y observad tambien la misma conclusion, pues igualmente termina diciendo: Y os declaro que del mismo modo se alegrará en el cielo por la conversion de un pecador.

Sería imposible ser insensible, no sentir el menor gusto por todo lo que es tierno, patético y sublime, ó no tener ninguna idea de lo que es noble, interesante y grande, para no sentirse conmovido con imágenes tan vivas y con expresiones tan afectuosas. Sobre todas las pinturas de aquel Padre tan bueno, tan clemente, tan verdaderamente Padre del buen hijo como del prójimo, produce en el alma una dulce impresión que la consuela y libera. ¿Y quién es este Padre sino Jesucristo, que hizo su propio retrato, que nos expone en estas y otras muchas parábolas semejantes la complacencia que le causa todo pecador que se arrepiente!

¿Quién pues sabiendo las disposiciones de ternura y amor con que le está aguardando este Salvador benigno, podrá

intimidarse por la enormidad de sus excesos, para no arrojarse á sus pies y pedirle perdón? Por lo mismo que son muchos ó cuantos debe aproximarse á tratarlos con su sangre preciosa. Esta conchaba en su bondad, esta obra del valor de sus méritos debe agradecerle. ¿Y cómo se puede temer que no sea bien recibida una súplica que el mismo que puede concederla es el que nos la dá? El mismo desahogado que perdónaba á otros tan firmemente, es el que nos ploramos ahora y el que nos perdona, ni hoy pide como entonces mas que confianza y dolor. ¿Quién le sabe mejor que los verdaderos penitentes que venís todos desde Preguntado á ellos, y hallarles que en las lágrimas que les hace derramar su arrepentimiento, encuentran mas dulzura que la que hallaron jamás en los falsos placeres que ahora lloran. . .

Con discursos tan dulces y consoladores este hombre excelente introducía en su alma el piadoso consuelo de la esperanza. Oyéndole hablar con tan amable suavidad de la bondad de Dios y de la incompensable caridad de Jesucristo para los pecadores, empezaba ya á gustar una confianza para, filial y tierna, que ni corazón no conocia antes, y no hubiera podido sostener la fuerza de la impresión si no me hubiera aliviado con la abundancia de mi llanto. No podía pensar sin un vivo dolor el haber pasado tantos años en la ignorancia de una religion en que todo es tan sublime, tan grandioso, y todo tan admirablemente adecuado á la dignidad y á las necesidades de los hombres.

El primer día que me enjugué en mi llanto, continué diciéndome: Bass lágrimas, señor, son muy fétiles y sin duda vienen del cielo, pues las vierte el dolor; pero cuanto mas los siento cuando el amor las produce y las acompaña la esperanza. Figúrase, señor, que pues no pueden dejar de ser ciertas las cosas que nos dá las parábolas del Evangelio, en este instante en que me estoy hablando aquí todo el cielo tiene los ojos fijos sobre vos. Jesucristo observa vuestro corazón, y espere el efecto que en él producirá su gracia, por la corte celestial os observa é intercede por vos, vuestro ángel tutelar mas especialmente encargado de vuestra custodia os guarda y pide con todos sus esfuerzos. Dios os prepara nuevas gracias, y solo espera que cooperéis á las que ya os dá para enviaros otras que perfeccionen esta reconvocacion que desea y que su misma bondad ha dirigido.

No veis, señor, que su Providencia, que es la que regula de todos los sucesos de la tierra, es la que os ha hecho venir aquí? ¿Y para qué ha podido traerme sino para que en el silencio de este retiro pueda su gracia hacerme entender las verdades de su religion y las atractivas de la virtud? ¿Y podéis temer que el que os ha silbado de tan lejos, el que os ha buscado con tanto ardor cuando vos procurabais huir, os abandone ahora que sois vos el que se dispone á buscarcel labora que ya habéis escuchado su voz y que dejándolo el extraviado os preparáis á entrar en el sendero? No, señor, Dios es fiel y jamás ha fallado al que le busca. El Dios de las misericordias se acuerda del todo de que somos hechos, y está siempre dispuesto á ver con ojos compasivos al corazón que se le humilla, al corazón conyerto que le teme y adora; su bondad paternal es apida de nosotros. ¿Qué madre recobrar con tanto amor á un hijo arrebatado en su regazo?

Vos habéis vivido largo tiempo en la esclavitud del pe-

crisiano. Este carácter es incomparablemente más glorioso que todos esos títulos de nobleza con que se alimenta el orgullo del mundo y do que hace tan insensata vanidad, pues nos hace en cierto modo participantes de la naturaleza divina, y le llevamos al tribunal de Dios para ser reconocidos en él por discípulos de Jesucristo, como parte de su pueblo y como ovejas de su rebaño.

El mundo ó no sabe ó no medita estas inestimables ventajas. Acostumbrado á no juzgar de las cosas sino por los sentidos, solo aprecia los bienes temporales y no estima los invisibles. Si el hombre se detuviera un instante á considerar lo mucho que debe á Dios cuando le purifica, cuando se reconcilia con él, cuando con la santificación del bautismo le libra de las penas eternas y le destina á glorias inmortales, no pudiera dejar de reconocer la primera deuda y la más sagrada de su corazón; pero ciego y sin más gusto que para todo lo que en la tierra pueden presentarle como agradable sus sentidos, no eleva su imaginación ni asiste á esa ella á la altura de su grande, solemne deber.

Qué comparación puede haber entre bienes fútiles y precarios y estos dones perfectos é inmortales, dones inimitables, que nos fijan en inmediatamente del Padre de todos los bienes, y que nos unen con nuestro Dios en una unión tan íntima como eterna y dichosa!

Pero si el bautismo es el más importante de los bienes, porque es la puerta que nos abre la entrada á los últimos y los mayores, también es el más serio y el más estrecho de los empeños. Es cierto que el hombre recibe mucho cuando lo recibe; pero también contra muchas deudas, porque es una alianza que forma con su Dios, un contrato que celebra, en el que Dios le promete bienes infinitos si es fiel; pero exige correspondencias inviolables y el hombre se obliga á cumplirlas. Este empeño es muy extendido, pues abraza toda la ley, y muy solemne, pues que se hace á Dios en público, á vista de su Iglesia y en presencia de todos los fieles.

Desde que el hombre se eleva á la sublime dignidad de cristiano, desde el mismo instante que renace por el agua y el Espíritu Santo, ya está sometido á la ley y á toda la ley del Jesucristo, á quien reconoce por su Dios y por su Padre. Desde aquel día, desde aquel punto ya está sujeto no solo á la indispensable obligación de someterse á esta divina ley, sino á profesarla públicamente, á no arrogarse de ella, á vivir según sus preceptos, á perseverar en su observancia hasta la muerte; á no hacer nada de lo que prohíbe, ni omitir tampoco nada de lo que ordena.

Y por que el enemigo oscuru el mundo y la carne se oponen con resistir más continua á la primicia de esta ley y nos inducen con incesantes esfuerzos á que provariquemos, el que se alista por el bautismo en la milicia de Jesucristo, renuncia públicamente al demonio y á todas sus ideas, al mundo y á todas sus pompas, y á la carne y á todo su poder de diables. Abura todo el error que seduce, todo lo que que alja, todo atractivo que desvia de la senda indicada en la ley de su nuevo soberano, y por esto los apóstoles decían que bautizarse en Jesucristo es morir á todo pecado, morir á sí mismo, á sus pasiones, sus sentidos, y á todos los deseos del siglo, para hacer en la tierra una vida celeste.

Estos santos empeños son estrechos y muchos; pero todos los hemos ofrecido á Dios solemnemente. En nuestro

bautismo le hicimos todas estas promesas, su ministro se las prometió en nuestro nombre, una parte de los fieles la escuchó, otra nos sirvió de garante, las ofreció por nosotros y Dios se dignó recibirlos. Todo pasó á la vista del mismo Dios, en su templo y al pié de sus santos altares; nosotros mismos algunas veces las confirmamos en el curso de nuestra vida. ¡Qué abuso pues tan sacrilego! qué profanación tan inicuca es ser infiel á compromisos tan sagrados, desmentir con los labios ó con las costumbres una promesa tan auténtica y tan digna de la suprema majestad á que se consagraron!

Pero por eso mismo que su dignidad es tan alta, y por el abuso que han hecho de don tan superior, su castigo será más espantoso. Los cristianos llevarán al infierno el indeleble y sublime carácter que prostituyeron; el prórobo le tendrá á la vista para aumentar su confusión; Dios le tendrá presente para excitar sus iras. Los pecados del cristiano tienen una maldad particular, y serán castigados con más rigor. La gravedad de los delitos se mide por la santidad de los estados. El colofonista, que debía honrar el suyo con la pureza de sus costumbres, es más culpado que el laico. El religioso, que está llamado á perfección más alta, es más delincente que un secolar, y un cristiano lo es más que los infieles que no obtuvieron la gracia del bautismo. Así como á Julia hubiera valido más no haber nacido, así estaría mejor á un cristiano impenitente no haber nacido, pues violó y profanó don tan inestimable.

Discurrir ahora, señor, que si esto es verdad, no hablando más que de las costumbres vieicas en que la fragilidad humana pudiera encontrar alguna excusa, qué será cuando el corazón corrompido no contento con darse á vicios, que solo deshonran á su fe, sin equala por tierra, mas atrevido todavía ataca á la fe misma y elevándose sobre el Dios que le ha criado, sobre la Iglesia que lo ha instruido y sobre la religión cristiana á que se había consagrado, todo lo desprecia, todo lo atropella y lo ultraja todo! ¿qué disputa á Dios su derecho de iluminar á los hombres, que traía á la Iglesia su madre como un impuesto que pretende engañarla, y que á la religión, hija del cielo, la despoja de tan excoelso título y la degrada hasta ponerla en la clase de las monjas de los hombres!

Imaginar, señor, si podría á qué como de temeridad llega el atrevimiento de un espíritu que sea hacerse juez de todo lo divino, que quiere medir los atributos de Dios con sus propias ideas y que se decide á no creer sus oráculos, ó porque no los acomodan á sus pasiones ó porque no se proporeñan á los delirios de su orgullo. Si Adán quisiera saber tanto como Dios, parece que el incrédulo pretende saber más que Dios, pues desaprueba lo que ha hecho cuando no le encuentra conforme á su propia capacidad; por lo menos pretende saber más que la Iglesia, mas que los santos doctores que la han respetado y mas que todo el pueblo cristiano que la venera.

De aquí podría inferir qué desaseo, qué iniquidad es la del mortal miserable que después de haber recibido y jurado en fe, hace tal poco aprecio de ella, que ni siquiera la tiene por bastante considerable para instruirse en ella, que ni siquiera se digna tomarse el trabajo ligero de examinarla, cuando no fuera mas que para calmar sus inquietudes y entretenerse á sus placeres sin zozobra, y que con una temeridad insensata se determina á sacudir el yugo que lo parece

grave, complaciendo sus sentidos á todo riesgo, sin temor del Dios que insulta ni respeto de la Iglesia que ultraja, y que, en una palabra, se declara infiel sin pretexto, desertor sin motivo y apostata por atajo.

No es ahora mi intencion inspiraros una confusión, pues la gracia ya lo ha hecho de modo que os sea saludable; solo pretendo haceros conocer que el que ha tenido la desgracia de descominarse tanto, cuando Dios por su bondad lo despertara de su letargo, está obligado á expiar su desaseo con mayores esfuerzos, y no solo debe repararle con Dios por un dolor muy vivo y con la Iglesia por una reverencia más obsequiosa y sometida, sino tambien con todos los complejos y testigos de su temeridad por una devoción más profunda y una veneración más pública. Así tambien debe con ejemplos de virtud y religión horror la impresion de sus escándalos, y no contentarse con vivir como buen cristiano, sino que debe esforzarse á parecerlo, porque el incrédulo que afectó despreciar el cristianismo, ha de ser y parecer más cristiano que los otros.

Empeñados, señor, por adorar este Dios de bondad que ahora está entre nosotros. Jesucristo ha prometido, que cuando dos ó tres se juntaran en su nombre, él estaría en medio de ellos, y pues nosotros lo estamos y para objetos de su servicio y de su amor, con nosotros está. No lo dudéis, señor, que Pastor divino, que después de algun tiempo trabajaba por ganar vuestra alma, mas ve y nos escucha. Ahora está despreciando su gracia su nuestro corazón para acabar de conquistarla, ahora está inspirando y dando fuerza á mi pobre celo, ahora está viendo complacido nuestro corazón, porque ya empieza á ver algun efecto de sus inspiraciones y no espera mas que vuestras promesas para acogerlas en su seno.

Vos habeis tenido la desgracia de haber perdido las gracias y los dones que os comunicó en el bautismo; pero no habeis perdido este sagrado carácter que por su naturaleza es indeleble, y su bondad nos ha dejado remedios para recobrar los dones que pudieron perderse. Para eso instituyó otro sagrado bautismo en el sacramento de la penitencia. No es tan completo y es más laborioso que el primero, pero es la única tabla que queda después del naufragio. Nosotros con la gracia de Dios y á pesar de cuantas penas y sorpresas nos pueda costar, vamos á emprender este camino, y una penitencia humilde, perseverante y sometida, puede reparar todas las pérdidas.

Seria mucha dicha poder renovar nuestro bautismo y que una nueva regeneración que purificase de nuevo; pero esto no es licito. La Iglesia no permite que se renueven materialmente los ritos de la regeneración, pues basta haberlos recibido una vez para que hayan producido en nosotros el efecto de grabarnos el sello indeleble de cristianos, y seria profanarlo el repetirlos cuando no pueden ser útiles; pero la Iglesia, fecundada con su Dios, tiene abiertos muchos caminos de salud. Hay tres bautismos, el de la santa aspergion que ya habeis recibido y que no se puede renovar, el de desee, que basta cuando el primero no es posible, y el de sangre, cuando el neofito, vertiendola por la fe cristiana, se bautiza con su propia sangre.

Pues señor, vos podéis ahora bautizaros espiritualmente por estos tres modos. Empezad por dar gracias á Dios de haber sido bautizado en vuestra infancia, renovad en vuestro corazón los votos de aquel bautismo, abjurad y renun-

ciad de nuevo al demonio, al mundo y á la carne, pedid perdón á Dios de vuestras infidelidades pasadas, prometedle hacer en adelante profesion pública de cristiano y decidlo con fervor y verdad: Señor, adorable Jesús, si yo no estuviera bautizado, me bautizaría, si fuera menester, con mi propia sangre. Y así que el bautismo impone al cristiano la obligacion de no ocultar jamás su fe, que debe no solo confesarla en su interior, sino hacer profesion pública de ella, y yo, señor, os prometo que perderé mil veces la vida de hacer ni decir una palabra que pueda desmentir mi religion.

Este acto, que haremos ahora en presencia de Jesucristo, suplirá con la renovacion de los votos el bautismo que no se puede renovar, y yo espero en la misericordia divina que os producirá efectos saludables. Pero para esto es menester crear de corazón y confesar de boca todo lo que cree la Iglesia católica, que fundaron los apóstoles y que por una sucesion no interrumpida ha llegado desde san Pedro á nuestros ojos por los vicarios de Jesucristo que sucedieron á sus principales verdades en esta Iglesia enseñan están contentados en el símbolo que los mismos apóstoles nos dejaron, que vulgarmente se llama el Credo y que es un compendio de la doctrina y de los artículos de la fe católica.

Lo mucho que debo saber un cristiano es este Credo, porque es el depósito de las verdades que son necesarias saber para salvarse; pero con él basta para que podamos renovar la profesion de nuestra fe y confirmemos nuestra profesion de cristianos. Esta es la profesion que hacemos á la que se hace por nosotros cuando la Iglesia nos imprime su sagrado carácter; y pues vos queréis renovarle ahora espiritualmente, pongámonos de rodillas, presentad á Dios vuestros votos y decid con fe y devocion el Credo.

El padre se puso de rodillas, y yo maquinalemente le imito y tambien me arrodillé; pero ¡qué fui mi vergonzosa confusión cuando queriendo, no pude decir nada!... ¡Ni cómo era posible que le dijese, cuando después de mi niñez no le había vuelto á repetir, y era preciso que lo hubiera olvidado! Mi turbacion y mi rubor fueron tales, que no podía profesar una palabra. Esto solo me hizo ver en un momento mi total olvido de Dios, el entero abandono de mi vida y la inmensa é innumerable multitud de mis delitos. Avergonzando de mi ignorancia y profundamente indignado contra mí mismo, me eché por tierra, y con un diluvio de lágrimas que no me fue posible contener, dije al padre con la voz alterada y balbuciente, que no lo sabía....

El padre se quedó un rato suspendido, y después de alguna pausa me respondió: No os aflijas, señor. Después me dió la mano para ayudarme á levantar, me condujo á mi asiento, y poniéndome junto á mí me volvió á decir: Si soportais con humildad la vergüenza en que os veo y que tanto os contrasta, si la recibís como un digno castigo de vuestro culpable desecido y si os proponéis repararle presto con ardor y celo, esto mismo puede servirnos mucho para que Dios se apiade de vuestro dolor y os contineis sus gracias. Señor, lo que importa ahora es no volver los ojos á lo pasado sino para llorarlo y corregirlo. Hoy es cuando empieza á morir el hombre viejo de Adán para que renazca de sus cenizas el nuevo de Jesucristo; y Dios, que quiere haceros santo, nos dará tiempo para acabar la obra de vuestra santificacion.

Pero antes que pasemos adelante, es necesario que aprendáis lo que volvéis a respetar lo que es absolutamente necesario saber para ser cristiano. Nuestra religión tiene verdades que es indispensable saber explícitamente, son cortas y las podéis aprender muy presto. Voy á traeris un libro, y espero que en poco tiempo sabreis lo necesario; en lo demás basta referirse y someterse á la creencia de la Iglesia. Esperadme pues un instante y no os inquietéis, que este Dios que por nuestro bien os inspira sentimientos tan vivos, os inspirará también confianza en su misericordia, para que os sirva de consuelo. Tenedla, señor, considerando por un lado que cuanto mas distante estáis de Dios, tanto mas debéis agradecerle que venga á buscaros, y por otro, que su bondad paternal resplandece mas cuando se le ve tan solícito de un hijo injusto que tanto se alejó de sus brazos. Esperadme un instante mientras vuelvo.

El padre salió, y yo estaba tan turbado y corrido, que no sabía qué hacer. Las ideas me corrían de tropel por la cabeza, sin que pudiera detenerme en ninguna; pero desde que me vi solo, un íntimo y nuevo sentimiento en que me parecían vivas dolor, desprecio de mí mismo, esperanza y agradecimiento, me obligó con un impulso irresistible á hincar las rodillas y levantar mi corazón al cielo. Si, Teodoro, este grande corazón que como una antea nunca supo mas que arrastrarse por la tierra y que no se levantó al cielo en tantos años, se vibró en aquel momento en derecha á la Divinidad.

Yo no me acuerdo de lo que decía, y acaso no sabía decirle nada; no hago memoria de si articulaba ó no palabras. Mis sentidos estaban muy turbados para hacer discursos seguidos; pero mi corazón le hablaba, le pedía perdón, imploraba su asistencia, y mi lenguaje mas articulado eran las lágrimas y los gemidos. El padre me halló en esta situación. Después que me consolé y me hizo sentar, me dió un pequeño libro, me señaló lo que debía aprender, y me dijo:

Esta será una dilación de pocos días, y no será perdida; porque mientras que aprendéis lo que el cristiano necesariamente debe saber, aprovecharemos este intervalo para emplear en asuntos no menos importantes. Procuraré daros una idea de la religión cristiana, trataré de explicaros su espíritu, y estas conferencias pueden ser muy útiles para entender mejor sus artículos. Nada nos puede excitar tanto á estimar y amar nuestra religión como conocer la bien, y si se ven tantas creencias tan mal ó tan feas, es porque en general nuestra educación es muy defectuosa en esta parte y porque hay pocos que la reconocan como debe.

Se recibe el bautismo en la infancia mas tierna, tiempo en que no es posible conocer ni la extension del compromiso que se contrae, ni la hermosura de la religion que se abraza, ni la inmensa felicidad para la que nos abre la puerta. Cuando viene la edad de la razon, pocos son los que conocen la importancia de este objeto, pocos los que advierten que esta debía ser el estudio mas continuo de su vida, y menos los que se aplican á él con la seriedad que merece. Unos se corrompen y se abandonan á las iniquidades que la religion reprueba, algunos piensan hacer mucho si rezan alguna devocion y oyen misa los dias de fiesta. El mayor número se ocupa menos en el temor de Dios y en las cosas de su servicio, que en sus placeres, su fortuna y

sus comodidades, y son raros los que cuidan de conocer la esencia ó el espíritu de su religion para cumplir con exactitud las obligaciones que nos impone. De aquí nacen tantos extravíos en los unos y tanta ignorancia ó tibieza en los otros; porque nada en el mundo es tan importante como saber las leyes á que nos hemos sometido, recibiendo el bautismo y las condiciones con que nos ha recibido la Iglesia cuando nos permitió entrar en la congregacion de sus fieles. El bautismo es un contrato reciproco entre Dios y el cristiano; este renuncia todo afecto desordenado y contrario á la ley divina y toda afición viciosa y condonable, reconoce á Dios por su único soberano, por la fuente y principio de todo poder, virtud y santidad, á Jesucristo por su Hijo amigado, y toda afición viciosa y condonable. Ha prometido guardar sus preceptos, amar á Dios mas que todo y á su prójimo como á sí mismo, y en fin, no desviarse un ápice de su divina ley.

Dios le ha prometido por el órgano de la Iglesia, que si cumple con fidelidad estos empeños, le dará una eternidad de gloria; y como sabe que es débil y que su naturaleza degradada, lo expone á continuos peligros por los muchos enemigos que lo combaten, también le ha ofrecido que le socorrerá en sus tentaciones, y le exhorta á que siempre que se sienta combatido implore su piedad con confianza, que no le faltará su auxilio. Aun mas le promete; le asegura que si á pesar de su gracia la flagelación de la humanidad le rinde á los asaltos de la concupiscencia y se atreve á violar los preceptos de la divina ley, le recibirá su misericordia cuando la implore con un corazón arrepentido, y para esto la instituyó el sacramento de la penitencia.

Ved aquí, señor, un contrato reciproco, una convencion mutua en el asunto de la mayor importancia, pues se trata de la vida eterna. ¡Y que, señor! puede haber nada que interese tanto al cristiano como las cláusulas de este contrato! ¿qué es lo que debe tener mas presente! ¿qué es lo que debe pensar con mas frecuencia y atención, que las condiciones con que se le ha dado tanto bien para no aventurarse á perderlo! El que ha sido bastante feliz para adquirir el título de hijo de Dios y tener derecho para llamarse con el dulce nombre de padre, ¿en qué puede emplear mejor todas las luces de su razon desde que empiezan á alumbrarse, sino en el estudio de las obligaciones que le impone tan alta dignidad, para no exponer la vocacion mas sublime!

¿Cómo pues el hombre, que por su naturaleza es barro, que por su condicion es miserable y débil, que lleva dentro de sí tiranos imperiosos que sin cesar le tienen en batalla contra la ley de Dios y los preceptos de su religion y que á cada instante le pone en peligro de faltar á lo que ha prometido, cómo, repito no procura fortalecerse con todos los medios que la misma religion le presenta para resistir á sus ataques y defenderse de tan dañados enemigos! Es verdad que Dios no le pide cosas imposibles, porque le ayuda con el socorro de su gracia, y que con el puede fácilmente cumplir cuanto la ley le impone; pero ¿cómo obtendrá esta gracia si no la pide! ¿cómo la pedirá para cumplir la ley si no la conoce! ¿cómo sentirá la dificultad de cumplirla si no la medita! ¿y cómo tampoco sentirá la necesidad del socorro el que no considera ni la grandeza del daño ni la urgencia del peligro!

Por otra parte, el cristiano no debe perder de vista una

verdad que puede contribuir mucho para el desempeño de las obligaciones que contrae, y es que todo lo que Dios le ordena en su ley divina, es para su mayor bien. Sus preceptos son tales, que cuando no debiéramos obedecerlos por obligacion, debiéramos ejecutarlos por nuestro propio interés. Observad bien el Decálogo, y vereis que todo lo que Dios prohibe es únicamente lo que nos puede perjudicar para la dicha temporal, y solo con que sus ordenanzas se ejecutaran, el orgullo, la avaricia, la impureza y todos los vicios capitales desaparecerian de la tierra. Así todo lo que los mandamientos divinos nos prescriben, es por nuestra propia utilidad; porque no hay accion ni omision reprehensible, que al fin no deba perjudicar al público ó al particular. Hasta el mal que hacemos á otros, vuelve á recaer sobre nosotros mismos; porque ó nos expone al rigor de las leyes humanas, ó nos quita la reputacion tan necesaria en la vida, ó nos hace perder los caudales, la salud y la paz de la conciencia, que son los bienes más preciosos que pueden hallarse en la tierra.

De manera que cuando Dios nos manda resistir al impulso nocivo de los vicios, nos manda nuestra propia felicidad. ¿Qué pueden producir la impureza, la intemperancia, la cólera, la venganza y todas las demás pasiones injustas y violentas, sino la turbacion, el desorden y todos los otros males que llevan consigo! Hasta la filosofía pagana conoció la necesidad y la importancia de este moral sabio y contenido, porque percibió que era el único medio de hacer unos molestos está turbulenta y pasajera mansión que hacemos en la tierra, y que así se dejaba la rienda suelta á las pasiones, era imposible no alterar el reposo del alma, sin el cual no puede haber mas que aliecion de capritu.

Pero la religion, no contenta con preservarnos de los males, nos prescribe las virtudes, madres fecundas de infinitos bienes. Dios nos prescribe la caridad fraternal, que no es otra cosa que el amor reciproco entre los hombres, pues nos obliga á mirarnos todos como hermanos, como hijos del mismo padre, y por consiguiente á servirnos con cuantos auxilios nos ordena la humanidad, la templanza y la justicia, nos inspira horror á todo lo que es engaño ó falsedad, en fin, nos ordena virtudes de muchas especies, y en todas ellas siempre nos prescribe aquello que la misma naturaleza nos ha indicado ya ser necesario para nuestra propia dicha. Nos manda todo aquello cuya falta hizo nuestra desgracia ó disminuyera la felicidad de que gozamos.

Sería pues delirio no percibir las mas sencillas nociones de su deber, no reconocer que cuando Dios se dignó de darnos sus divinos mandamientos, todo lo ordenó amorosamente para nuestro bien, y esta consideracion debe persuadir al cristiano cuán injusto es el hombre que en vez de darle gracias por una condescendencia tan paternal, se atreve á censurar sus preceptos como duros y rigorosos, y se queja de una ley cuya observancia, después de hacerlo feliz en la tierra, le procura en el cielo una gloria sin fin.

Señor, pues la misericordia os da el deseo y el tiempo de adquirir estos y otros conocimientos, todos muy importantes, tretemos de mitigar con la atencion mas seria el espíritu de la religion cristiana, y veamos en qué consiste la verdadera piedad y cuáles son las observancias que deben caracterizar al cristiano. Hay en esto mucha vulgaridad, que solo puede salvar de algun modo la ignorancia

ó la simplicidad de una buena fe; pero Dios y la razon nos permiten que acapamos y entendamos lo que la religion requiere para conformarnos á su espíritu y presentar á la Divinidad un obsequio razonable.

En el cristiano hay obligaciones e indispensables. Las primeras son esenciales, necesarias e indispensables, y tales son todos los preceptos que nos vienen directamente del mano de nuestro divino Legislador, de la de sus apóstoles instruidos en su escuela, ó de la Iglesia su intérprete fiel; por ejemplo, qué institucion mas saludable, mas benéfica, mas digna de la bondad de Dios, que el sacramento de la penitencia! recurso invaluable de gracias para todo pecador, que puede lavar con ella las manchas de su fragilidad. ¿Qué don comparable al de la sagrada Eucaristía, en que el mortal se anticipa á gozar las dichas del cielo y puede recibir en su pecho al mismo Dios que un dia hará su felicidad, y le comunica entre tanto en esta vida pasajera! Estas son entre otras las verdaderas instituciones cristianas y las que con preferencia deben ocupar nuestro corazón.

Hay otras devociones que pueden ser buenas, y todos son útiles desde que alimentan la piedad y son conformes al espíritu de la santa Iglesia; pero para regularlas bien es menester distinguir las que son de obligacion y las que son supererogatorias, entendiendo que estas no pueden tener lugar sino cuando se han cumplido las primeras, y advertir por regla general, que entonces nos son saludables cuando conspiran á mantener en nuestros corazones un sentimiento puro de respeto y adoracion al Ser Supremo de quien dependamos, de imitacion y amor á nuestro Redentor, que es nuestro único modelo de veneracion á los santos, amigos suyos e intercesores nuestros, y de sujecion á las leyes que nos dejó en el Evangelio, y á las que en su nombre y con su autoridad nos intima la Iglesia.

Si en estos principios que deben gobernar el espíritu y la intencion de cuando hace el cristiano, la devocion no sería provechosa, porque las ideas indistinguibles de su religion son que Dios, autor, causa universal de todo y principio único de nuestra existencia, es á quien lo debemos todo, que nuestra primera obligacion es amarlo, no solo porque depende de su mano omnipotente nuestra felicidad, sino porque él es en sí mismo por sus atributos y perfecciones infinitamente amable, que además de esto nos ama y desea nuestro bien, que quiere y puede recompensarnos, que en el bautismo nos hemos consagrado á su servicio, que allí le juramos fe y obediencia, y que en todas nuestras acciones y pensamientos debemos aspirar á manifestarle nuestro deseo de servirle y complacerle.

En la tierra nos unimos por intereses á nuestros superiores ó soberanos, nos servimos con fidelidad, los amamos con ardor, y nuestro amor y respeto se aumentan á proporcion de lo que crecen sus favores ó sus benevolencias. ¿Qué soberano puede compararse con aquel que forma á los soberanos! No solo es grande y amable por sí mismo, sino que es la grandeza, la hermosura, y la amabilidad de que desciende todo lo que en el mundo aparece con alguno de estos atributos. De su mano sale únicamente el ser, la conservacion y todos los bienes de la tierra, sin hablar todavía de los de la gloria.

La razon pues y la naturaleza se reúnen para decirnos que nuestro mayor respeto, nuestro mas vivo amor deben dirigirse únicamente á nuestro Criador omnipotente. San

Ambrósio decía que este sentimiento, que debe ser el primero en el corazón, es el fundamento de todas las virtudes, y que por eso Dios le exige de nosotros, porque es necesario para nuestra propia felicidad. En efecto, sólo puede ser feliz acá abajo el que no tiene mas voluntad que la de Dios y que está pronto á abandonarlo todo por él. ¿Y qué no le debe el hombre? ¿Quién concebirá la extensión de una obligación tan infinita? Sólo la fe la puede disminuir: el hombre torpe y grosero no puede explicarla: dichoso si sabe amar y adorar en silencio.

CARTA XVIII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Este día vino el padre á la hora regular, y después que me dijo algunas palabras de consuelo para alentarme á proseguir mi empresa, habló así: Ayer, señor, quedamos en que hoy os procurará dar una idea de la religion cristiana, y que tratará de haceros ver su espíritu segun los principios de la fe. Voy á cumplir mi palabra lo mejor que mi cordada alcance, y procuraré que sea con la mayor sencillez y claridad. La religion tiene su hermosura propia, y no necesita de adornos extráños; la sencillez del estilo es el alio que mejor la sienta.

La fe nos dice que hay un Dios criador y primera causa de todo lo que existe; que este Dios es único, increado, omnipotente y eterno, y que por su voluntad dió la existencia á las cosas visibles é invisibles, que no subsisten sino porque su providencia las mantiene y gobierna; que este Dios es el mismo que el símbolo de nuestra fe llama criador del cielo y de la tierra; que este Dios fué conocido y adorado por los judíos, que tambien lo fué por los gentiles; pero que estos profanaron su culto con muchas fábrras y supersticiones.

Que este Dios, el único que es y tiene el ser de sí mismo, es el único que existe por su propia naturaleza, es tambien el centro, la raíz y el principio de todas las perfecciones; pues todo lo demás que le debe el ser, lo debe tambien las buenas calidades que pueden acompañarle, como que todo lo bueno, lo santo y lo perfecto que se puede hallar en sus criaturas, procede de su perfeccion original y primitiva, siendo ella el único manantial de donde sale todo bien.

Que es Dios por la fecundidad, riqueza y plenitud que su saber produjo en sí mismo, é engendró en su seno el concepto de su mente divina; esto es, su Verbo, su palabra interna, su razon, su inteligencia, su sabiduría, la verdad misma, que es el pensamiento de Dios eterno y subsistente.

Que Dios produjo este concepto de su mente divina, este Verbo que es de su propia naturaleza, el cual subsiste eternamente en ella, por el cual crió el mundo, le sostiene y gobierna; que le engendró en su seno desde la eternidad y el produjo de su misma sustancia; así le llamamos su

Mañana, señor, si me lo permitis, comenzaremos esta conferencia; consoláos ahora, considerando que ya estais en los brazos de Dios y que su bondad nos dará tiempo y gracia para acabar su santa obra. El padre se fué; yo, Teodoro, sin perder un instante me puse á aprender lo que me dejó señalado, y pasó en esta ocasion la mayor parte de la noche. Yo quería aprenderlo todo, pero á fuerza de abarcarlo todo no aprendí nada. Al fin llegó el día, y en él pasó lo que en mi primera carta le diré. Adios, amigo.

Hijo. Y como Dios Padre no puede dejar de amarse á sí mismo; porque es infinitamente amable, tampoco puede dejar de amar á este su Hijo, que siendo tan perfecto como él, es tambien infinitamente amable, y por la misma razon el Hijo no puede dejar de amar á su padre, que le ha dado su mismo ser y sus mismas perfecciones.

Que de este amor infinito é inefable con que el Padre y el Hijo se aman, procede el Espíritu Santo, y es de la misma naturaleza que el Padre y el Hijo, pues no es otra cosa que el amor de los dos. Y que de esta manera, aunque la naturaleza divina sea única é indivisible, hay en ella realmente tres relaciones distintas, que llamamos personas para distinguir las, aunque las tres no sean más que una misma sustancia. Y si fuera posible usar de comparaciones en objetos tan superiores á nuestra inteligencia, se pudiera decir que estas tres relaciones subsisten en la esencia divina á la manera que en el alma humana están la memoria, el entendimiento y la voluntad, que aunque son tres potencias distintas, subsisten en la misma alma, que por su naturaleza es única, indivisible y simple.

Esto es el inexcusable misterio de la Trinidad divina y primer artículo de la religion cristiana; misterio que estuvo largo tiempo escondido en el seno de Dios, pues aunque en el antiguo Testamento hay algunas nociones por donde ahora se puede rastrear, no eran bastante claras para que los hombres las pudieran entender. Tambien es cierto que Dios desde el principio habia prometido un Mesías; pero entonces pocos concibieron que este Mesías seria su Hijo unigénito, su sabiduría increada, su Verbo divino, nacido en la eternidad de su propio seno; en una palabra, el mismo Dios.

Fué este Hijo unigénito el que descendiendo del cielo, unió á sí la naturaleza humana y se hizo hombre por salvar á los hombres; y el que en el curso de su mision divina nos descubrió este portentoso secreto que jamás hubiera podido descubrir ni inventar la razon humana. El fué el que nos dió una idea clara de la naturaleza divina, enseñándonos claramente y sin rodeos que su divino Padre le habia engendrado en la eternidad de su propia sustancia, y que del amor de los dos procedió el espíritu de am-

bor. Y aunque se dignó de explicarnos sin embargo que él procedía de su padre por generacion, y que era su hijo real y verdadero, no nos explicó cómo procede del Espíritu Santo de ambos, contentándose con decirnos, que él y su Padre produjeron al Espíritu Santo, que es persona distinta de ambos.

Ve aquí pues lo que cree el cristiano, y lo cree porque Jesucristo lo ha dicho. Después que este divino Salvador probó con pruebas tan claras y tan evidentes que era Dios, cómo era posible dejar de creer lo que nos dice? ¿Quién podrá conocer mejor la naturaleza divina? ¿qué importa que nuestra razon no descubra con claridad todas las relaciones de misterios tan oscuros? ¿quién la ha dado órganos para conocer lo que es divino, cuando apenas puede concebir lo que es humano? ¿cómo hablará con propiedad de la naturaleza de Dios el que ignora lo que es la de los brutos? Así sin la pretension de entender ni explicar el misterio de la Trinidad, sólo procura estudiar y saber lo que Jesucristo se ha dignado decir para creer y adorar. Y porque Jesucristo lo ha dicho, cree que Dios es uno y trino, uno en su esencia y trino porque en esta única esencia hay tres personas realmente distintas.

Cuando dice que hay tres personas, no imagines que este nombre de personas tenga en la naturaleza de Dios la misma significacion que en nuestro idioma familiar, que signifiqué lo mismo que entendemos cuando decimos que Pedro, Pablo y Juan son tres personas distintas. Hay infinita diferencia entre Dios y los hombres; pero la usamos y la usaron los santos padres para distinguir el Padre del Hijo, y el Espíritu Santo del Hijo y del Padre, sabiendo bien que esta expresion es defectuosa por la grosería del lenguaje humano. Y aunque no podemos explicarnos mejor, procuramos elevar nuestro espíritu y confiar con la Iglesia que se conforma reverente con las palabras de Jesucristo, que la esencia de Dios una, simple é indivisible, incluye en sí la omnipotencia, que es el Padre, incluye la sabiduría ó la palabra interior que es el Hijo, incluye el amor con que ambos se aman y que los une, que es el Espíritu Santo.

Este misterio es de su naturaleza tan alto y elevado, que en su contemplacion se alzan los espíritus mas sublimes. La Divinidad es un abismo insalvable de majestad y grandeza. Pero para creerlo no basta saber que Jesucristo lo ha dicho y que Jesucristo es Dios; Pero eso está explicado con distincion en el símbolo de nuestra fe, y cuando decimos ó cantamos el *Credo*, protestamos juntamente creer y adorar el misterio de la santísima Trinidad.

Cuando nos llamamos á Dios, cuando le pedimos que nos ayude, ó le hablamos de cualquier otra manera, entonces entendemos dirigirnos á este Dios uno y trino, indivisible y omnipotente que todo lo ha criado de la nada, que está presente á todo, que hace gozar á los bienaventurados de la inmensidad de la gloria, y que desea darnos la misma felicidad. A este Dios nuestro soberano señor, nuestro único bien, debemos dirigirle como á fin todos nuestros ruegos y adoraciones; él solo es el objeto de nuestra adoracion y religion.

Sus bases son el amor y el temor. Dios es infinitamente bueno y santo. Por su naturaleza ama la virtud y detesta el vicio. Nos manda obedecer sus leyes y resistir á

los deseos de nuestros apetitos. Tiene el poder de castigarnos, y nos ha declarado que lo ejecutará si no lo obedecemos. Estos son los principios que fundan la necesidad de obedecerle para no exponernos á los peligros de su cólera, y de ellos se infiere que el pecador no le teme cuando á pesar de su peligro se deja arrastrar de sus pasiones, é cuando fiado en la esparanza inierta de aplacarlo después se abandona con falsa seguridad al torrencio de sus vicios.

Pero fuera de este estímulo tan poderoso, hay otro mas noble, y en las almas generosas mas activo; este es el amor. ¿Qué nos dice el primero y mas principal de los mandamientos? *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, toda tu alma y todo tu espíritu*. En efecto, ¿qué puede amar el hombre si no ama á su Dios á quien lo debe todo? ¿Y qué menos puede hacer que amar á tan buen Padre, cuyos atributos solos debieron arrebatárselo de admiracion y de amor? Infinitas son las razones de amarlo y las de manifestar que le amamos mas con acciones que con palabras. Este amor tierno y respetuoso debe ser el sentimiento dominante de nuestro corazón, y él debe impedirnos hacer nunca cosa que le pueda ofender. El nos debe excitar á estar siempre en su presencia, á no apartarlo nunca de los ojos del alma, y á repetirle actos de adoracion y de amor. A lo mismo debe excitarnos nuestro propio interés, pues se ha dignado asegurarnos que una fidelidad sin fe seria precio de un amor que debiéramos tener sin esta esperanza, y que premiará una obediencia que es la mas simple y debida obediencia de un hijo para con su padre, ó de un esclavo para su señor.

Aunque la religion deba adorarle en todas partes, pues Dios está en todas ellas y todo lo llena con su inmensidad, debe hacerlo con especialidad en sus templos, donde reside como en un trono invisible y donde mas particularmente nos da audiencia. Por otra parte, los templos están consagrados á su gloria; son la congregacion de los fieles en donde se remem las almas para presentarle sus oraciones y su culto, y allí es donde debemos levantar mas nuestros corazones para reconocer su grandeza, nuestra dependencia, y adorar lo infinito de su majestad; allí debemos bendecirle, pedirle que su nombre sea glorificado en todo el mundo, y que su divina voluntad sea por siempre obedecida.

No debemos tener otro objeto en todas nuestras acciones, aunque sean las mas indiferentes y comunes, como el trabajo, las comidas y el sueño, pues debemos hacer todo esto por Dios, quiero que lo hagamos. Por esto la Iglesia nos enseña á que las empuemos todas haciendo la señal de la cruz, uniendo á esta demostracion de cristiano la expresion de *gloria sea al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*, para hacernos entender que todo lo debemos hacer por la gloria de este Dios trino y uno.

Nosotros somos pobres y miserables criaturas. Siempre estamos cubiertos de pecados graves ó ligeros que nos hacen mas ó menos culpados; siempre tenemos necesidad de perdon y siempre le debemos pedir. Pidámonse pues continuamente á este Padre misericordioso, que es el único que nos lo puede conceder; pero este ruego debe ir siempre acompañado de un dolor sincero de haber ofendido á un Dios tan bueno, y de una resolucion muy determinada de no volverle á ofender. Esta oracion necesita menos de palabras que de afectos. No es menester decir mucho, si-

no sentir bien. Dios ve el fondo de los corazones y solo se complace con la sinceridad de la intención. *¡Mi Dios! misericordia: sacra a esta tu pobre criatura: esto basta para explicar el dolor activo que debe ser el sentimiento habitual de un pecador. Y si el corazón lo pronuncia interiormente con verdad, esto abeto solo llegará hasta el trono de Dios.*

El motivo más puro de este dolor es el que la Iglesia nos indica. Esta santa madre nos instruye de que todos los motivos que nos apartan de atender á Dios son buenos, que todos los que pueden producir el arrepentimiento de las ofensas ya cometidas lo son también; pero que el mejor principio, la más justa y más noble causa de todas, es el amor de Dios. Esto es, que debemos procurar la detestación de nuestras culpas por el dolor de haber ofendido á un Dios tan bueno, y que debemos determinarnos á reformar nuestras costumbres por no volver á ofender á un Dios tan santo como grande, á un Padre tan poderoso como tierno. Este dolor que no se mueve únicamente por el propio interés, sino que tiene á la vista la ingratitude, la iniquidad y la iniquidad que se ha cometido contra un Dios tan digno de nuestro amor, es el que se llama contrición, el mejor y más noble de todos, y puede llegar á ser tan vivo y eficaz, que por sí solo basta á justificar al pecador.

Del mismo modo la conciencia delicada, el corazón tiernizado que se observa con cuidado, que vela con atención continua para no hacer cosa alguna que pueda desagradar á Dios, y que obra no tanto por obtener sus recompensas y huir sus castigos como por no disgustar á un Dios tan digno de ser amado, por no ofender á un Padre á quien todo se debe y á quien se aprecia sobre todo, este tiene un sentimiento el más digno de un cristiano. Esto es el temor filial, el efecto sensible de un tierno amor, el que más honra y glorifica al amor divino, y el más sublime esfuerzo de la virtud del cristiano; sentimiento superior á la naturaleza corrompida, pero que se obtiene con la gracia y se cultiva con el ejercicio.

Este es por lo ordinario el fruto de la oración sincera y fervorosa; pero antes de tratar de esto, volvamos á las primeras ideas de la religión. El cristiano debe pues invocarlo y adorar á la Trinidad divina, dirigirse al Padre Eterno por la mediación de su Hijo y con la gracia y auxilio del Espíritu Santo. El mismo Salvador nos enseñó á dirigirse á su Padre cuando nos dijo (1): "Cuando os pongáis á orar, retiraos al lugar más secreto de la casa, y vuestro Padre, que conoce los pensamientos más secretos, os escuchará." Y él mismo nos enseñó á dirigir el Dios omnipotente la mejor de todas las oraciones, que es el *Padre nuestro*, asegurándonos que todo lo que pidamos al Padre en nombre de su Hijo nos será concedido.

La Iglesia nuestra madre y nuestra maestra, cuyos ejemplos debemos imitar, empieza por lo común sus oraciones dirigidas á su Padre, que es la primera persona en el órden, las continúa interponiendo la mediación del Hijo, porque sabe que no podemos obtener nada sino por sus méritos, y las termina en la unión del Espíritu Santo, porque su intención es adorar y glorificar toda la santísima Trinidad.

Así aunque sea imposible dividir lo indiviso, aunque no

(1) *Math. VI, 6.*

se pueda ni aun concebir una persona sin las otras á causa de su absoluta inseparabilidad en la sustancia, y aunque todas tengan la misma esencia y los mismos atributos, nuestro entendimiento, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, las atribuye particulares relaciones, y la religión nos indica que para que nuestra oración sea sagrada al espíritu del cristiano, se dirija desde luego á Dios el Padre Eterno, al Creador de todo; que se le pida por los méritos de su Hijo el hombre Dios y Redentor del mundo, y que se le pida invocando su Espíritu divino, que pade en nosotros y nos nosotras para hacer nuestra oración digna de ser oída. Todo esto sin separar una persona de las otras, porque las tres son el mismo Dios único, indivisible y eterno, á quien debemos el ser, el Dios de quien tenemos los bienes de la tierra y de quien esperamos los del cielo.

Es imposible, señor, que el hombre pueda formarse una idea justa de este misterio. Es una esfera muy superior á sus cortos alcances, la crece porque se le ha revelado, porque la Iglesia le cree, y ya hemos visto las razones invencibles que tiene para creerlo aunque no lo comprenda. Tampoco puede formarse idea de Dios trino y uno, porque siendo inmensa é invisible, sus sentidos no la pueden ofrecer ninguna imagen adecuada que se la dé. Las pinturas han querido contentar la imaginación dibujando con formas sensibles, y no pudiendo hallarlas sino en las materiales que solo conocen, representan al padre con la figura de un anciano venerable que tiene al mundo en una de sus manos, y al Espíritu Santo como una paloma; pero estas son imágenes muy imperfectas y groseras.

El Eterno Padre no tiene ninguna semejanza con las criaturas, y no puede ser caracterizado con miembros humanos y con las arrugas de la vejez. El Espíritu Santo ha tomado la forma de paloma y de lenguas de fuego para hacerse visible; pero dista infinito de estos cualesquiera objetos terrestres. Solo el Hijo de Dios ó la segunda persona de la Trinidad ha dejado á nuestra fe una imagen visible, porque como se hizo hombre, podemos verle con la imaginación tal como ha existido, y representarlo como niño, como hombre crucificado. No nos es posible ver su divinidad; pero las imágenes de su humanidad nos indican que es nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre.

La devoción que debemos tener á este hombre Dios, no es solo obligación esencial, sino condición indispensable para obtener la vida eterna. No hay otro nombre en que podamos salvarnos sino el de Jesús. Diosno oye nuestros ruegos ni nos concede por sus méritos y su mediación. Estos son los principios cristianos, y si consideramos todas las acciones y pasos de su vida, sus humillaciones, dolores, y en especialidad su pasión y muerte, veremos que todo lo que ha hecho, todo lo que ha sufrido, fué únicamente por nosotros, pues él por su naturaleza era la inocencia misma y no necesitaba de expiación. Por poco que nuestro corazón sea sensible, no olvidará un instante tantas pruebas de amor, y debo corresponder á tantas bendiciones como la mas viva gratitud y con el mas encendido amor.

Por otra parte, Jesús es el autor de toda gracia y la fuente de que mana todo bien espiritual. Es su sangre la que nos libera de la mancha del pecado original y nos hace hijos adoptivos de Dios. Es Jesucristo quien nos obtiene el perdón de todas nuestras culpas, que la depra-

vación ó la flaqueza nos hacen cometer, si tenemos de ellas un sincero dolor, pues es el único mediador entre Dios y los hombres. No hay gracia que no pueda conseguirse con el sangre preciosa que vertió por nosotros y que ofreció á su Padre sin cesar. En fin es Jesucristo el que recobró y nos ha restituido nuestros títulos para la vida eterna.

Las puertas del cielo no se abrieron ni se abrirán jamás sino por él. Nadie puede entrar sino por los méritos del Cordero de Dios, de la víctima que solo ella puede lavar nuestras iniquidades, y por esto á él únicamente se le ha dado y puede convenir el nombre de Salvador. "¿Qué nombre tan dulce! cómo debe excitar nuestro amor y recordarnos la obligación de buscar su socorro y apoyarnos en él nuestra confianza! como es condescendiente con su Padre, ha puesto todo el poder en su mano, dándosele sin límites en la tierra y en el cielo.

Por consiguiente, bien podemos dirigir nuestros ruegos á este divino Salvador para que nos perdone los pecados; pero el medio más ordinario es implorar la misericordia del Padre por sus méritos, que son los únicos que pueden merecer las gracias del autor de todo bien. Cuando nos presentamos á Jesucristo en su sacramento para adorarle ó para recibirle, entonces nuestro corazón, que se hace trono de su amor, va á él directamente, y es el tiempo mas propio para suplicarle que nos cure de nuestros males, que nos fortifique y gobierne en el camino del cielo, y nos conceda los auxilios de que tanto necesitan nuestra debilidad y miseria. Cuando se considera que este Dios es tan bueno, que no contento con haber derramado toda su sangre para rescatarnos se digna de venir á nuestros corazones, y que quiere habitar con criaturas débiles y tan indignas de favor tan preciosos, ¿cómo no se ha de amar un señor tan dulce, un bienhechor tan amable!

San Pablo anatomiza al que no ama á Jesucristo, y la base de nuestra religión es amar y adorar no solo al Señor y Creador de todo, sino también á nuestro divino Salvador. Si debemos tener amor y gratitud al que nos ha criado y conservado, los mismos sentimientos debemos al que nos rescató con el sacrificio de la cruz, al que recobró nuestros derechos á la gloria eterna y al que en su sacramento nos digna ser nuestro alimento y nuestra fuerza. Este es el verdadero espíritu del cristiano; sin él nadie puede salvarse, y con él, suponiendo la observancia de los preceptos de Dios y de la Iglesia, la gracia nos conduce á la gloria.

Así pues, la devoción es verdadera cuando nos lleva á Jesucristo, y se puede juzgar ciertamente de la solidez de la religión de cada uno por el profundo respeto con que la adora, sea en sus templos, cuando está á la pública veneración, sea cuando va públicamente en procesion, ó en visitación de los enfermos. ¡Qué menos podemos hacer cuando este rey de reyes parece en persona en medio de sus vasallos que corren presurosos á acompañarlo y adorarle! Esta demostración de amor excita su misericordia y nos atrae nuevas gracias; pero esta devoción exterior es usada cuando tratamos de ella con mas extensión cuando hablamos de su vida, de su doctrina, de su pasión y su muerte, que fueron los últimos ruegos con que dibujó su infinito amor para los hombres.

Baste por ahora decir, que la verdadera religión consis-

te en el amor de Dios y del prójimo, y en nuestra confianza en Jesucristo como Salvador de los hombres y mediador con Dios, que esto es lo que nos enseñan los libros de la nueva ley, que este es el ejemplo que nos han dado los santos, lo que nos recomienda la Iglesia. Esto es lo necesario indispensablemente para salvarse, y ninguna otra devoción puede suplirlo. El que en lugar de estas prácticas sólidas, luminosas y de absoluta necesidad quisiera sustituir otras que no fueran mas que de consueño, sería enemigo de la religión cristiana, pues quiere destruir sus fundamentos.

En la Trinidad adoramos también al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo y es consubstancial con los dos, y los dones preciosos que tenemos de este divino consolador nos debe inspirar para él una devoción particular y determinada. La mayor prueba de bondad que Dios pudo darnos, fué la Encarnación de su Hijo, y este plan de misericordia fué conducido por el Espíritu Santo. ¿Quién ha sentido más su influencia y su fuerza que los apóstoles y discípulos de Jesucristo? Después de haber vivido largo tiempo con su divino Maestro, después de haber sido testigos de sus milagros y haber recibido todas sus instrucciones, no tenían todavía la fe viva, el amor generoso que no conoce obstáculos y sabe despreciar hasta la muerte misma.

Pero apenas los envía el Espíritu Santo, que desciendo sobre ellos en lenguas de fuego, estos poseedores débiles y groseros se transforman en misioneros intrépidos y valerosos. Los horrores del suplicio y la muerte no los detienen, y sellan con su propia sangre las verdades que anuncian. El mismo Espíritu que había iluminado á la profetisa, habla por los labios de los apóstoles, les da la inteligencia de las instrucciones que habían recibido, y les hace poner en sus sentimientos de una religión nueva que debía traer de las antiguas. Este mismo fuego ahorró después á las vírgenes y á los mártires, y era el que los hacía superar los tormentos y los cadalsos.

La mayor prueba de amor que pudo darnos Jesucristo es ciertamente la institución de la Eucaristía, pues en ella el pan y el vino se convierten en su cuerpo y en su sangre. Y aunque este milagro se haga en virtud de sus palabras, la Iglesia cree que el Espíritu Santo concurre con su influencia, y por eso le invoca y le pide que derrame sus dones. En el bautismo cuando Dios nos adopta por sus hijos, el Espíritu Santo desciende sobre nuestras almas y hace nacer en ellas las tres virtudes colosales de fe, de esperanza y de caridad. El apóstol ha dicho que la caridad ó el amor de Dios se derramó en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fué dado en el bautismo. Su nombre es amor y el cristiano debe dirigirse á él si desea conocer el amor, que es la primera virtud del cristiano. La mejor señal de que habita en nosotros, es sentir un amor de Dios tan vivo, que solo tememos ofenderle, y con un deseo muy ardiente de que todos le amen como nosotros.

El Espíritu Santo es el principio de todas las buenas instrucciones, de él salen todos los dones y gracias con que el hombre se perfecciona, la religión los comunica y él los distribuye entre los fieles como quiere. San Agustín dice, que según la palabra de Dios, al Espíritu Santo debemos propiamente la remisión de los pecados, y que por esto tiene también el nombre de Pacificador, porque de él se deriva

toda santidad y gracia interior; bien que como hemos dicho, concurre toda la Trinidad. Sería imposible explicar todos los títulos que tiene a nuestro amor y aloración este consolador divino; pero no olvidemos que nos importa que no se aleje de nuestro corazón, pues tanto lo necesitamos. Todo hombre cuando más trae consigo otro espíritu bien diferente de aquel, un espíritu de concupiscencia, un amor vil y torcido, que con furor nos inclina á los objetos sensibles, que excita los deseos desatregados y nos hace olvidar á Dios y la celeste patria, que en fin, acaba por hacernos el desprecio y odio de los hombres y por atraer sobre nosotros la cólera de Dios.

Para repetir y vencer este espíritu seductor, no tenemos otro medio que valernos de aquel que solo nos inspira el amor del bien y el odio del mal, y nosotros debemos implorarle para que nos haga fieles y dulces los ejercicios de las virtudes, para que nos sostenga en las tentaciones y nos inflame en el divino amor. Roguemos al Eterno Padre y á su divino Hijo que nos envíen al Espíritu Santo, y roguemos directamente á este Espíritu divino que enciende en nuestras almas el fuego celestial que ha inflamado tantos santos y sin el cual no seremos compañeros de su gloria. Nosotros lo hemos recibido en el bautismo y en la confirmación; pero qué hemos hecho para conservarlo! ¡Miserables! Le hemos perdido, y lo peor es, que no pensamos en recobrarlo, aunque el mismo Jesucristo nos asegura que su Padre nos le dará con la misma facilidad con que un hombre da pan á sus hijos.

El primer efecto que producirá en nuestras almas el amor y el temor que nacen de la religión, es inspirarnos una constante vigilancia en el cumplimiento de nuestras obligaciones, un cuidado no interrumpido de que nuestras acciones sean buenas, virtuosas y conformes á su divina ley, y una atención continua de practicar todo lo que manda y evitar cuanto desagrada. Las acciones son pues la piedra de toque, y no las palabras, y el mismo Jesucristo nos enseñó el único medio de distinguir si el amor que tenemos á Dios es real ó imaginario, cuando nos dijo (1): "Aquel que sabe mis mandamientos y los guarda, es á quien mi Padre y yo amamos verdaderamente."

No puede amar á Dios el que le ofende; no le puede temer el que le irrita. Dios no tiene necesidad ni de nuestro corazón ni de nuestras obras; pero por nuestra propia felicidad nos ha impuesto leyes. Examinad todo el moral de la religión, y vereis que la caridad, la justicia y la sabiduría han dictado todos los preceptos que nos dió el Hijo de Dios ó sus apóstoles instruidos en su escuela. Todos conspiran á que adquiramos la paz del alma, el mayor bien de esta vida. Sin ella no pudiera existir este amor fraternal, esta unión benévola y pacífica que hace la dulzura y armonía de la sociedad. Y no olvidéis que la bondad de Dios es tal, que quiere recompensar como mérito lo mismo que exige para nuestro bien.

Y aun no contento con esto para estrecharnos más á la práctica de la virtud y á la fuga del vicio, presenta una infinita recompensa, un reino eterno de felicidad que obedece su ley y amenaza con tormentos sin fin al que viola. Cuando la religión no nos revelara esta verdad, la razón debía convencernos de ella. Un Dios cuya justicia es in-

(1) *Josán. XIV. 21.*

finita, no puede dejar á los justos sin recompensa ni á los malos sin castigo; y puesto que la tierra no es el lugar en que se corona la virtud y se castiga el vicio, es necesario que distribuya en el otro mundo las penas y las recompensas. Todos estamos de camino para él y llegaremos después de la corta peregrinación de esta vida. Y á ahora nos parece que su balanza no pesa nuestras acciones, entonces es las veremos pesar con la más rigurosa exactitud.

Esta es una de las verdades más importantes de la religión y que el Hijo de Dios ha repetido con más frecuencia, confirmando la con milagros. El verdadero y sólido consuelo del cristiano es saber que después de esta vida breve entrará en posesión de una felicidad que los ojos jamás han visto, que los oídos nunca han escuchado, y que toda la extensión del espíritu humano no podrá jamás comprender. En el ejercicio penoso de la virtud se acordará de las palabras del profeta (1): *¡Quién puede comprender, mi Dios, las dulzuras que preparas á los que te temen y te sirven! Está seguro de ver á su Dios cara á cara, de gozar en compañía de los santos de una dicha insatiable y pura, y de tener parte en la gloria de Dios, si que nada pueda disminuir jamás su interminable duración. ¡Qué podrá pues entibiar el ardor con que aspira á merecer un bien tan inestimable! Sabe que no puede tardar el día y espera en la fidelidad de su Dios, el que recompensará como omnipotente y generoso el culto y las virtudes que exige.*

Así pues, la primera de sus obligaciones es hacer buenas obras y la primera de las obras buenas es abstenerse de las malas. Dios hubiera podido salvarnos sin ellas, como lo hace con los niños que nacen bautizados, pero su sabiduría ha querido que todo adulto coopere por su parte y que el albedrío sostenido con su gracia merezca su felicidad. La vida eterna al mismo tiempo que es un don gratuito, es recompensa. El Evangelio nos hace ver con qué liberalidad el padre de familia da talentos á sus siervos (2); pero este beneficio no es un título para la inacción. Al contrario, los da para que los siervos, so pena de ser tratados como inútiles, trabajen en hacerlos valer. Y no solo las buenas obras, sino las acciones que parecen más indiferentes, cuando la caridad las inspira nos pueden obtener tan alto premio.

No pensemos por esto que el hombre por sí mismo pueda merecer nada, sino que con el auxilio de la gracia pueda hacer obras meritorias. Todo se hace digno de los ojos de Dios cuando al impulso de su inspiración cooperan el amor y la obediencia. Los apóstoles aun no bien enterados de la doctrina de su Maestro, le preguntan un día: "Todos los hemos dejado, ¿cuál será nuestra recompensa? Y Jesús les responde que el que hace la voluntad de su Padre tendrá la vida eterna. Otra vez animado á los humildes y perseguidos, les dice (3): "Alegraos, porque en el cielo os está preparada grande recompensa." Y el Evangelio nos dice que cuando el soberano Juez citará en el gran día á su tribunal á todos los hombres, recompensará á sus escogidos de las obras que la caridad les hubiera inspirado. Dios es la verdad misma y no puede faltar á su palabra.

(1) *Psal. XX. 20.*

(2) *Matth. XIX. 37.*

(3) *Luc. VI. 23.*

El único medio pues de merecer y adquirir esta felicidad inmortal, es tener siempre en el corazón el temor y el amor de Dios, y reglar nuestras acciones de tal modo, que todas se hagan por él y con el fin de obedecerle y agraciarse. Sin esto podrán ser nobles, pero no serán meritorias; y vuelve á repetir, que la primera cosa es la fuga del pecado y la fiel observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Pero debemos cuidar de no gloriamos jamás de nuestras obras, sino que nuestro albedrío concurre en nosotros mismos, pues aunque nuestro albedrío concurre en las obras meritorias y que Dios se digne en recompensarlas, no lo puede hacer sin la gracia y por consiguiente á ella es á quien se deben atribuir. San Agustín decía que cuando Dios nos recompensa, corona en nosotros lo mismo que nos da.

Supuesta la base de observar los preceptos y huir del pecado, debe también aspirar el cristiano á otro grado de perfección por la práctica de las virtudes. De estas unas son obligatorias y otras de consejo; pero no debe perder de vista ni una ni otras, acordándose de que está en la tierra por cortos instantes, y que cada paso que da le acerca á su término. Todo su anhelo, todo su consato debe ser hacer acciones que sean agradables á Dios.

Jesucristo nos manifiesta el principio de donde manan estas acciones, y son las que nacen de las tres virtudes que llamamos teológicas, la fe, la esperanza y la caridad, virtudes sobrenaturales y divinas que todas las fuerzas de la naturaleza no pueden procurarnos, y que solo Dios nos puede dar. Esta es la mina en que se halla el oro de las buenas obras de las virtudes cristianas, y no es posible agrandar á Dios sino en razón del grado de fuerza con que refinan ellas en el corazón. Cuando están languidas y frías, no solo no esfuerzan al bien, sino que entorpecen la naturaleza corrompida se apodera de nuestras facultades y las arrastra al precipicio casi como á un esclavo.

El objeto pues á que nos debemos aplicar con más cuidado, es á examinar si nos dejamos la influencia que tienen en nosotros estas tres virtudes de primera necesidad, porque de ellas dependen nuestros destinos en la vida futura. Al hombre no le basta tener la fe, porque es muy fácil, como lo observa el apóstol Santiago, que alguno diga á Dios con la frente por tierra, que tiene fe, que cree todos sus dogmas y que está pronto á dar su vida por ellos. Lo mismo se puede decir de la esperanza; al hombre seduce su propio corazón, se confía en la bondad divina y espera que le perdonará; pero esto no sucede con la caridad ó con el amor de Dios y del prójimo, pues por poco que se examine de buena fe, podrá percibir, ó que la posee verdaderamente cuando las acciones de su vida se lo persuaden, ó que es aun débil y no produce los efectos que debía. ¿Cuántos hay que por falta de este examen se figuran tener esta virtud en alto grado! Pero si se examinaran seriamente, verían á las claras su ilusión, y que su perfección imaginaria es hija de su orgullo.

Siempre que nos sostengamos firmes en las verdades que Dios ha revelado, siempre que nuestro corazón inflamado en su amor no vea su felicidad sino en Dios ni omeza otras reglas que sus preceptos, el pecado no tendrá imperio sobre nosotros, ó no tardaremos en levantarnos de las caídas que la fragilidad nos ocasiona. El alma bien penetrada de estos principios de la religión, huye del mal con placer y hace el bien con facilidad, y el que no siente estas disposiciones, ó

los tiene olvidados ó perdidos. Nuestro principal estudio debe ser darle nueva vida, nuevo impulso; sin esto jamás serviremos á Dios en santidad y justicia, y aventuramos los bienes eternos.

Creemos pues que estos actos de fe, esperanza y amor de Dios, no solo son útiles, sino indispensables para criar y fomentar en nosotros las buenas obras, y que conviene que los hagamos á cada instante de nuestra vida, sobre todo en las tentaciones y en la recepción de sacramentos; que no debemos cesar un momento de pedir á Dios que nos dé y nos aumente estas preciosas virtudes, que son la semilla de todas las otras. Los apóstoles, aunque testigos de los milagros de su Maestro, aunque continuamente alimentados con el pan de vida, le suplicaban que aumentase en ellos la fe. San Pablo unas veces pedía á Dios que hiciese crecer su esperanza y otras que dirigiera sus obras en su amor. Hay mucho que decir sobre estas tres virtudes, y yo no podré daros más que una ligera idea. Hablaremos de la fe, mirándola solo por la parte que exige nuestra deferencia.

Todo lo que la Iglesia nos dice que ha sido revelado por Dios, es objeto de nuestra fe y debe ser creído firmemente por el cristiano, porque sabe que Dios, que es la verdad misma, no puede engañar, y con todo, Dios se digna de aceptar como mérito la fe que lo debemos, y nos recompensa el que creamos, porque nos ha revelado misterios que son superiores á la razón aunque no le sean contrarios. Jesucristo dijo (1): *Bienaventurados los que no vieron y creyeron*, y sin duda hablaba de nosotros, que hemos nacido en tiempos posteriores á sus milagros y predicationes.

El orgullo de tiempo en tiempo suele levantar algunos nublos. Los instruidos que están firmes en su religión porque saben que está fundada sobre los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, sobre el cumplimiento de las profecías, sobre el establecimiento de la Iglesia, sobre una moral tan sublime y solo capaz de hacer feliz al hombre en esta vida y la otra; en fin, sobre todas las pruebas que demuestran con evidencia su verdad, no escuchan nada de lo que el orgullo, la ligereza ó las pasiones les proponen, echan una vista sobre los motivos que los han obligado á creer y se tranquilizan.

He dicho que debemos creer lo que la Iglesia nos dice que Dios ha revelado, para distinguimos de los herejes y cismáticos, que han roto la unidad y no creen más que su propio espíritu. Ellos han formado sectas deplorables, siendo así que Dios ha dicho ó declarado que no reconocemos más que una Iglesia, una esposa, una depositaria de la verdad, un solo intérprete de su doctrina, y de la cual únicamente deben aprenderla los cristianos. Esta es la que el apóstol (2) llama la *Iglesia de Dios vivo, la columna y fundamento de la verdad*. Esta es la que san Mateo (3) nos asegura haber sido fabricada sobre la piedra, y que las puertas del infierno, esto es, las persecuciones de los malos y los errores de los herejes, no podrán prevalecer contra ella; en fin, la Iglesia á quien el Salvador prometió su asistencia y su amparo hasta la consumación de los siglos.

San Pablo nos dice que hasta el fin de los tiempos habrá en ella doctores, pastores, apóstoles y profetas. Si esta Iglesia, según las promesas de Dios, debe siempre subsistir

(1) *Josán. XX. 29.*

(2) *II. ad Timoth. III. 15.*

(3) *Matth. XVI. 18.*

be tener por principio ningún motivo humano, sino el amor de Dios. Los que se contentan solo por los castigos humanos, y aun los que no ocurren al tribunal de la penitencia sino por evitar los divinos, hacen ver la imperfección de su alma. No los domina el amor de Dios, sino el propio. Así el amor verdadero no se contenta con abstenerse de lo que la ley prohíbe y con hacer lo que ordena, sino que quiere practicar la virtud y multiplicar las buenas obras. El que ama no se contenta con no disgustar lo que ama, también solicita agradarle, y es difícil que no tenga vicios el que no tiene virtudes, pues la práctica de la virtud no es otra cosa que los medios de preservarnos del vicio.

La segunda manera de probar á Dios nuestro amor es sufrir con resignación por su amor. Este mundo se compone de pobres y ricos, de nobles y plebeyos, de sanos y enfermos, de los que viven con prosperidad y los que gimen en el infortunio. Dios es autor de todas estas diferencias, y debemos someternos á sus decretos, sabiendo que todo lo gobierna con su clemencia y su justicia, y que todo es efecto de su providencia. Nuestra razón se turba viendo que la virtud padeciera y que la iniquidad triunfa; pero la religión nos enseña que si un Dios justo y santo permite esta desigualdad aparente, tiene razones secretas dignas de su sabiduría y que un día las conoceremos. ¡Juefite de aquel que corresponde á los bienes que Dios le hace con las iniquidades! ¡dichoso el que en medio de las tribulaciones no pierde á Dios de vista, que besa la mano que lo hiere y que lleno de confianza espera que sus aflicciones se convertirán en consuelo! La prosperidad nos enderece, y el hombre necesita de contratiempos que le despiertan y que le adviertan que no es esta la tierra del reposo.

La tercera es la de amar al prójimo como á nosotros mismos. Este el precepto que inculcaron mas Jesucristo y los apóstoles, queriendo que amemos hasta nuestros enemigos y que hagamos bien á los que nos aborrecen y nos hacen mal. Como el hombre no puede tener en sí mismo con qué pagar á Dios el bien que le hace, Dios subroga sus derechos en los otros hombres, y declara que tomará á su cuenta y como pagado á él mismo lo que hará por ellos. A mas de esto, promete grandes recompensas al que socorrerá á sus hermanos, y nos previene que es el punto en que será mas severo, añadiendo que este amor fraterno y esta caridad activa serán el atributo mas digno de la religión, la librea de sus discípulos y el carácter de los cristianos.

Es, pues, claro que las virtudes teológicas son el principio y la corona de nuestras buenas obras; pero observemos que el hombre lleva siempre consigo un enemigo oculto que las combate, y que si no las destruye, trabaja por disminuir su efecto, que desde su juventud continuamente le inclina á lo malo y á las acciones viciosas. Como el hombre es compuesto de espíritu y de cuerpo, por un extremo toca á la línea de los ángeles y por otro á la de los brutos. Parece que el espíritu dotado de razón debiera dominar el cuerpo y gobernar sus afectos; pero ¡ay! ¡cuántas veces los deseos del cuerpo pervierten á la razón y la subyugan!

¡Dios mío! qué inclinación, qué facilidad para el mal ¡qué trabajo, qué dificultad para el bien! ¡qué pasiones tan desenfrenadas que nos arrastran á la intemperancia y á los deleites! ¡qué ardor por obtener honores y riquezas, aunque para ello se atropelle la ley de Dios y de la ra-

zón! ¡qué deseos de venganza que nada los detienen! La juventud tiene sus vicios propios, y hasta la vejez los suya, y en todos tiempos domina un impulso secreto que nos inspira lo que quiere el apetito, sin pensar en lo que le manda la virtud. Este desorden nace de la degradación de la naturaleza, que quedó por el pecado inclinada á la tierra y esclava de los bienes visibles aunque caducos. Es un efecto del amor propio, amor ciego, sin regla ni freno, que no quiere escuchar la razón, que viola su voluntad á la de Dios, y que necio busca la felicidad donde no está.

¡Qué remedio encontramos á dano tan universal de que nadie está exento! La religión nos ofrece dos. El primero viene de Dios inmediatamente, y consiste en el socorro poderoso de su gracia que se puede obtener con la oración el otro es aquel continuo esfuerzo que hace el buen cristiano para donar el amor propio, sujetándole de manera que quede subordinado al amor divino, que debo quedar superior á todo. Este esfuerzo se llama mortificación, y consiste en la negación de la propia voluntad, de que hablaré despues. La oración es el ruego ó la súplica que dirigimos á Dios para que nos conceda las gracias y socorros que necesitamos, tanto para la vida espiritual como para la temporal. Así la oración no solo es útil y laudable, sino necesaria, porque sin ella es imposible practicar la virtud y evitar el pecado. Esta es una verdad que enseña la religión y confirma la Escritura; porque Dios á pesar de su amor y de su magnífica liberalidad para el hombre, quiere que recurramos á su bondad y que sepamos que no podemos hacer ningún bien saludable ni perseverar en la justicia sin su socorro y asistencia.

Los hombres, pues, deben levantar continuamente su oración al Autor de quien descienden todas las gracias, y que no solo las distribuye con magnificencia, sino que es nuestro padre, y jamás las niega al que so las pide. Por esto su único Hijo nos enseña en la oración dominical que le supliquemos que no nos deje caer en la tentación, y nos ha asegurado que todo lo que le pidamos, con tal que sea con confianza, lo obtendremos. Esto debe entenderse de los bienes espirituales; porque en cuanto á los temporales, Dios sabe mejor lo que nos conviene, y aunque nos permite pedirselos, debe ser con subordinación á su voluntad. El apóstol, que sabia cuánto necesitaba del divino auxilio, quiere que nunca dejemos de pedirle, esto es, que le pidamos con frecuencia. Y Jesucristo, el gran Maestro de la vida cristiana, nos dice (1): *Venid y orad*. Estos son los remos con que se navega en el golfo del mundo.

La mejor regla para la oración es seguir los documentos y el uso que la Iglesia ha establecido entre sus hijos, y es dirigirse á Jesucristo, en cuya mano puso el divino Padre todo poder en la tierra y en el cielo, para que distribuyera sus tesoros inagotables entre todos los que le adoran. Debemos, pues, dirigirnos confiados á este soberano Salvador, que reina en el cielo y que nos da á cada instante tantas pruebas de su amor á este venerable Redentor que después de haber conversado con los hombres en la tierra, quería todavía comunicarse sin cesar con ellos por medio de la Escritura.

No olvidemos jamás que la Iglesia, tanto en la misa como en sus oficios, dirige todas sus oraciones al Padre Eter-

(1) *Matth.* XXVI, 44.

no Todopoderoso, pidiéndole sus gracias por los méritos de su Hijo Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios; que estos méritos son infinitos, y que el Dios de las misericordias nos oye favorable cuando le pedimos en nombre de su Hijo que es toda su gloria y amor. La Iglesia reconoce que todo lo que nos viene de aquella mano poderosa es debido á sus merecimientos. Cuando los santos y aun la misma madre de Dios interceden por nosotros, no presentan sus propios méritos, sino los de Jesucristo; ellos solos pueden ser eficaces, porque él solo es nuestro mediador; san Agustín dice que los santos ruegan en el cielo como lo hacían en la tierra, dando valor á sus oraciones por la interposición de su Salvador y nuestro, y esta es la manera de orar que el Hijo de Dios nos enseñó cuando nos dijo (1): *Toda lo que pidieris á mi Padre en mi nombre, os lo concederé*.

Como Dios está en todas partes y oye hasta los deseos del alma, se puede implorar en todas partes; pero el lugar especialmente dedicado para esto es su templo. Allí está en el trono de su gloria y de su clemencia, principalmente si está en el divino Sacramento, porque este es un motivo mas para excitar nuestro reconocimiento y devoción, y el mejor preludio de la oración es penetrarse de la presencia de Dios. La buena oración no consiste en muchas palabras ni en pensamientos ingeniosos; al divino Maestro no lo ha dicho. No es que le disguste el que le pidamos mucho tiempo; pero ha querido advertirnos que Dios sabe lo que necesitamos, y no se deja ganar por el tiempo ó el alboroto de las frases, sino por el ardor y pureza de la in-

tencion. Un peisano grosero con su tosca expresion pediria agradecerle mas que el sabio mas instruido, porque Dios quiere que se le hable con el corazón mas que con la boca.

Procuramos, pues, postrarnos en su presencia con un corazón humilde, tan desconfiado de su fuerza como confiado en la divina gracia. Pidámonse perdón de las culpas que la malicia ó la fragilidad nos hizo cometer, y socorro contra los peligros que nos amenazan en cada instante. Cuando la fe nos dice que estamos delante de un Dios que penetra nuestros corazones, casi es imposible que estemos sin respeto, ni que cometamos la mas ligera irreverencia. Pues si es cierto que da gracias á los que le invocan con humildad, también lo es que puede castigar al instante al temerario que olvida estar á su vista y que muestra existencia en un don que renueva en cada momento.

Así pues... pero, señor, arrebatado por mi celo no considero que abuso demasiado de vuestra presencia, fatigándola con discursos tan dilatados; y como aun me queda que decir, os suplico me desis licencia para continuar misa. Yo sí gracias al venerable varon por su celo caritativo, y me retiró. Yo, Teodoro, al instante me puse á trabajar porque mis compaños se habian aumentado. Al instante, pues, tomó la pluma para escribir el discurso del día, que es el que contiene esta carta, y me quedé tiempo para estudiar mil cosas y aprender lo que el padre me habia encargado. Te aseguro que estudiaba noche y día con gusto, y á Dios gracias con aprovechamiento. Adios, amigo.

CARTA XIX.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Amigo mío: como la mañana del día de que te voy á instruir me trajó un momento de mucho consuelo, empleo por darte la buena noticia, y es que al instante que me desperté procuré repetir mis oraciones para saber si habia podido grabarlas en mi memoria, y las repetí todas tan bien, que no me detuve un instante en nada. Las dije muchas veces, y siempre tan de seguido, que no pude dudar que ya las sabia. Mi rrecepjo fué tan grande, que cuando vino el padre se lo dije. Me pareció satisfecho y me respondió que presto con el auxilio de Dios haríamos uso de ellas; entre tanto, me añadió, continuemos nuestro asunto de ayer, que tambien condno al mismo fin. Después que nos sentamos me dijo:

Hacedme una reflexion, señor, y es que entre todas las criaturas que existen en la tierra el hombre es la única á quien Dios ha concedido la razón, la única que puede elevarse al conocimiento de su criador; y que pues el hombre solo es el que conoce, aunque imperfectamente, su principio y su fin, es claro que todo lo demás que Dios ha criado y que conserva, no puede ser sino por él y para él, que vo-

Jo debe hacerle conocer su dependencia de tan grande Señor, y por consiguiente inspirarle una gratitud inextinguible á tan magnifico bienhechor. Reflexiona tambien que no hay instante en el día en que no tenga nuevas pruebas de su bondad, tanto en los peligros de que le liberta, como en la salud que le conserva, y en todas las desgracias espirituales y temporales de que le libera. La primera pues de sus obligaciones debe ser darle continuamente gracias, y por esto se nos enseña desde nuestra infancia á empezar el día con la oración, especialmente con la dominical, que contiene en sustancia todo lo que podemos decir y suplicar.

¡Qué culpado sería el hombre si renara una oración tan santa y que tiene un origen tan divino, sin el reconocimiento y la devoción que se le debe! El cristiano debe cada mañana desde que se levanta, sea en la iglesia ó en su lugar retirado de su casa, postrarse delante de la santa y adorable Trinidad, que llena con su majestad el universo. Allí debe penetrado vivamente de su presencia y descomulgándose de todo pensamiento torcido, hacerle protestaciones de adoracion, de amor, de alabanza, de deseos de su gloria y de que todas la conozcan, la bendigan y obedezcan. Allí

(1) *Luc.* V, 31, 42.